
CANTO SÉPTIMO.

Fuga de Herminia y su refugio entre unos pastores.
Tancredo sigue sus
huellas y cae en las asechanzas de Armida. Pelea de Argante con Raymundo.
Violacion del pacto. Confusion. Tempestad horrible.

I

En tanto á Herminia entre una selva umbrosa
Lleva el caballo con carrera incierta;
No ya su débil mano temblorosa
El freno rige, y va entre viva y muerta:
Por una senda y otra tortuosa
Gira, como el bridon á ir acierta,
Y se ha alejado ya del real cristiano
Tanto, que perseguirla fuera vano.

II

Como tras dura caza y prolongada
Los perros vuelven tristes y anhelantes,
Que de la res perdieron la pisada
Que en tierra abierta los guiara ántes,
Tal con ira y con faz avergonzada
Retornan los cristianos jadeantes.
Ella aun huye, y del miedo poseida,
Ni aun á mirar se vuelve si es seguida.

III

Cuan larga era la noche y todo el día,
Errante anduvo, sin saber por donde;
Nada en su derredor via ni oía,
Llorando grita, y nadie le responde.
A la hora en que el sol, ya en su agonía
Desunce el carro y en el mar se esconde,
Llega del Jordan bello á la agua mansa,
Y á su márgen bajando, allí descansa.

IV

Alimento no toma, que sus males
Son su pasto, y su sed de sólo llanto;
Mas el sueño, que á míseros mortales
Da dulce olvido y de reposo tanto,
Sus sentidos embarga, y las geniales
Alas batiendo, aduerme su quebranto;
Pero no deja Amor con falso ensueño
De turbar su quietud, aun en el sueño.

V

No despierta hasta oír los pajarillos
Que gozosos saludan los albores,
Y el río que murmura entre tomillos,
Y el aura que acaricia la onda y flores.
Los ojos abre y mira unos sencillos
Albergues solitarios de pastores;
En la onda imagina y en las hojas
Voz que el dolor remueve y las congojas.

VI

Pero su llanto oye y sus lamentos
Por un són claro y dulce interrumpidos:
Parecen de pastores los acentos
A los de agreste caramillo unidos.
Levántase y se acerca á pasos lentos,
Dó un anciano á la sombra de floridos
Ramos, junto al ganado, está tejiendo
Una red, y á tres niños ledó oyendo.

VII

Las armas al mirar, los campesinos
Se espantan; mas Herminia dulcemente
Los calma, descubriendo los divinos
Ojos y áureo cabello y alba frente:
“Seguid vuestros trabajos matutinos,
—Dice—“del cielo amada feliz gente;
“Que estos que veis arreos militares
“No vienen á turbar vuestros cantares;”

VIII

Y añade luego: “¡Oh padre, ora que abraza
“Bélico incendio en derredor la tierra,
“¿Cómo tan quieta aquí tu vida pasa
“Sin temer los horrores de la guerra?”
“Hija, responde, libre está mi casa
“Mi familia y ganado y cuanto encierra,
“De ultrajes; ni el estrépito de Marte
“Llegó á turbar esta remota parte.

IX

“Sea favor de Dios que la humildeza
“De inocente pastor salva y protege,
“O cual rayo que hieren en el alteza,
“De excelsa cima intacto el llano deje;
“Así de extraña guerra la crueza
“Los reyes busque y del zagal se aleje,
“Nuestra extrema pobreza miserable
“Al ávido soldado es despreciable.

X

“Despréciela en buen hora; á mí es más cara
“Que los tesoros y el excelso trono
“Y los cuidados de una mente avara;
“Tranquila, dulce paz sólo ambiciono;
“Mi sed apago en esa fuente clara
“Que no temo envenene hostil encono,
“Y da á mi mesa el huerto y el rebaño
“Con que párca se abaste todo el año.

XI

" A lo que pide el natural sustento
 " Están nuestros deseos limitados;
 " Estos mis hijos son que te presento
 " Y mis pastores; no tengo otros criados.
 " Así en la soledad vivo contento,
 " Viendo saltar las cabras y venados,
 " Y los peces brincar en la corriente,
 " Y las aves volar por el ambiente.

XII

" Un tiempo, como á todos, me agitaba
 " De gozar, juvenil deseo vivo;
 " Apacentar ganados desdeñaba,
 " Y al fin huí de mi país nativo.
 " Moré en Memphis un tiempo, y ocupaba,
 " Del rey ministro, su palacio altivo;
 " Que si hoy mi huerto cuido y mis rebaños,
 " Ví y conocí la corte y sus engaños.

XIII

" Persuadióme esperanza desmedida,
 " Que largo espacio en el servir sufriera;
 " Mas cuando á un tiempo con la edad florida
 " Faltó la audacia y la ilusion primera,
 " Lloré el reposo de mi humilde vida
 " Y la perdida paz, dulce y sincera:
 " Dije á la corte adios, y al caro asilo
 " De mi bosque, volví á vivir tranquilo."

XIV

El oído á la grave voz inclina
 Del buen anciano, Herminia, atenta y quieta,
 Y aquel prudente hablar casi domina
 A su pasion y el corazon le aquieta;
 Tras pensar larga pieza, determina
 Allí quedarse en soledad secreta,
 En tanto al ménos que el peligro evite
 Y Fortuna su vuelta facilite.

XV

Por lo que al viejo dice: "¡Oh tú dichoso
 " Que el mal á tiempo conocer supiste!
 " Así no haya á tu bien hado envidioso,
 " Que piedad tengas de mi suerte triste,
 " Y en este grato albergue, bondadoso
 " De la paz me convides que aquí asiste;
 " Quizás mi corazon en las serenas
 " Sombras, dejará parte de sus penas.

XVI

" Que si oro y perlas que el comun adora
 " Por ídolos acaso codiciaras,
 " Tanto de ellos pudiera darte ahora
 " Que el deseo más grande contentaras."
 Al hablar, de sus bellos ojos llora
 Lágrimas de dolor limpias y claras.
 De su vida una parte cuenta, en tanto
 Que el pastor compasivo imita el llanto,

XVII

Y la consuela afable, y da posada
 Con paternal y cariñoso celo,
 Y á la anciana mujer luego es llevada
 Que de ánimo conforme le dió el cielo.
 De sayal la persona regalada
 Viste, y su frente cubre tosco velo;
 Mas en cuerpo, en modales y en semblante,
 Muestra no ser de bosques habitante.

XVIII

Aun bajo burda tela, claro luce
 Su apostura gentil, su porte noble,
 Y majestad real se le trasluce
 Aun en el ejercicio más innoble.
 Lleva al pasto el rebaño, y lo conduce
 Con el cayado de grosero roble;
 Vuelto luego al redil, la leche ordeña,
 Que tan humilde ofició no desdeña

XIX

A veces del estío á los ardores,
Que á la sombra el ganado echado yace,
En grabar en los troncos vividores
El dulce amado nombre se complace;
Ni es raro que su mano sus amores
En la corteza de algun árbol trace:
Luego sus letras al leer sencillas,
Baña abundante llanto sus mejillas.

XX

Y suspirando dice: "Aquí esculpido,
" Caras plantas, guardad el lastimoso
" Recuerdo de las penas que he sufrido,
" Por si un amante á este retiro umbroso
" Viene tal vez, su pecho conmovido,
" Al saber mi destino doloroso,
" Diga: Amor y Fortuna crueles fueron,
" Que ese premio á tal fe y constancia dieron.

XXI

" Sucederá quizás, si el cielo oyere
" Benigno mi continuo ardiente ruego,
" Que á esta ignorada selva aquel viniere
" Que desprecia ó no ve mi amante fuego;
" Y si el sepulcro humilde á dicha viere
" En que tan sólo espero hallar sosiego,
" Con una tierna lágrima, un suspiro
" Dé á mi tormento alivio; á más no aspiro.

XXII

" Si el corazón la pena hoy martiriza,
" Más feliz sea el ánima en la muerte,
" Y goce sus amores mi ceniza,
" Que viva me vedó gozar la suerte."
Tras esto, aquellos ojos con que hechiza,
En dos fuentes de lágrimas convierte.
Tancredo en tanto, por seguirla, errante
A la ventura vaga muy distante.

XXIII

La huella persiguiendo que vió impresa,
Llegó á entrar á la selva allí vecina;
Mas es tan intrincada y tan espesa,
Tan opaca su sombra allí declina,
Que hallar no puede, aunque en buscar no cesa,
Vestigios, y á otra parte se encamina:
Dudoso va y prestando atento oído,
Por si de armas ó pasos suena ruido.

XXIV

Si las hojas nocturna brisa leve
Toca de olmo, de encina ó de maleza,
O fiera, ó ave alguna rama mueve,
Adonde suena corre con presteza;
Sale del bosque, y sin saber dó lleve
Una senda, por ella se endereza
Con la luna, y tras un rumor que oía,
Va hasta llegar allí donde se hacia.

XXV

Pára donde brotar de viva peña
Ve un raudal de agua clara, trasparente,
Que hecho rio, ruidoso se despeña
Y abajo forma plácida corriente:
Allí dudoso en la revuelta breña
Grita, y Eco responde solamente;
Y ve que sale con serenos ojos
Cándida Aurora entre celajes rojos.

XXVI

Gime afanoso y contra el cielo clama,
Que esperada le niega alta ventura;
Mas si ofendida acaso halle á su dama,
Que de la ofensa ha de vengarla jura.
Piensa que al campo su deber le llama
(Aunque la via hallar no se asegura)
Recordando que está cercano el día
En que á lid con Argante estar debia.

XXVII

Páete incierto, y andando un corto trecho,
 Oye un galope que continuo avanza,
 Y al fin ve despuntar de un valle estrecho,
 Un hombre, de correo en semejanza:
 Flexible azote vibra, y del derecho
 Hombro le pende un cuero á nuestra usanza.
 Cree el doncel que mensajero fuera
 Que al real cristiano lleva su carrera.

XXVIII

Aquel grita en toscano: "Voy corriendo
 "Donde Bohemundo á toda prisa envía."
 Tras él Tancredo corre, suponiendo
 De su tio correo al que mentía;
 Llegan adonde un sucio lago, horrendo,
 Un castillo fortísimo ceñía,
 A la hora en que el sol, que ya declina,
 Parece que en las sombras se reclina.

XXIX

Toca el correo el cuerno, y al momento
 Se ve un puente que rápido bajaba;
 Dice: "Si eres cristiano, alojamiento
 "Aquí tendrás miéntras la noche acaba."
 "Del Conde de Cosenza el ardimiento
 "Ganó al moro ese fuerte que ocupaba."
 Ve Tancredo el castillo formidable,
 Por el sitio y el arte inexpugnable.

XXX

Duda, pensando que mansion tan fuerte
 Encerrar puede una traicion siniestra;
 Mas avezado á desafiar la muerte,
 Calla, y ningun temor su rostro muestra:
 Doquiera vaya por designio ó suerte,
 Confía siempre en su robusta diestra;
 Mas el deber de ir á otro combate
 Le impide que de nueva empresa trate.

XXXI

Frente al castillo, donde en verde prado
 Su extremo posa el encorvado puente,
 Detiene el paso, y aunque así invitado
 Del falso guía, no en entrar consiente.
 Véese á la entrada un caballero armado
 Parecer, de soberbio continente;
 Desnudo empuña el reluciente acero,
 Y así le dice amenazante y fiero:

XXXII

"¡Oh tú á quien suerte ó voluntad arroja
 "A este país fatal do reina Armida,
 "Ya no has de huir: las armas te despoja,
 "Dáte á prision y salvarás la vida.
 "En la cárcel durísima te aloja
 "En que tantos su ley siguen temida;
 "Ni del cielo la luz más ver esperes,
 "Aun cuando en el encierro encanecieres,

XXXIII

"Si no es que con nosotros el intento
 "Juras de hacer á Cristo guerra dura."
 Fijo le ve Tancredo, y al momento
 Conócele en la voz y la armadura:
 Rambaldo es de Gascuña, que contento
 Fué con seguir de Armida la hermosura.
 Pagano se tornó, y ora sostiene
 La ley feroz que allí la maga tiene.

XXXIV

De ira santa el semblante enrojecido,
 Responde el paladin: "Vil renegado,
 "Yo soy aquel Tancredo que ha ceñido
 "Por Cristo espada, y dél siendo ayudado,
 "A sus rebeldes he siempre vencido,
 "Como saliendo aquí verás probado:
 "Que á mi diestra sin duda el cielo asigna
 "Dar á tu vil traicion la pena digna."

XXXV

Túrbase oyendo nombre tan glorioso
 El traidor, palidece su semblante;
 Mas por valor fingir, grita furioso:
 "Desdichado, no ves de tí delante
 "La muerte y la provocas jactancioso;
 "Que tu cabeza cortaré al instante,
 "Y la enviaré en presente á Godofredo,
 "Si lo que siempre pude ahora puedo."

XXXVI

Dijo el felon, y como el día acaba
 Y ya en la sombra apénas se veía,
 De antorchas mil el fuerte se alumbraba
 Y el aire claro y fúlgido lucía,
 Tal que brillante escena semejaba
 De teatro, en la noche alta y sombría.
 Armida, del castillo en lo más alto,
 Sin ser vista, oye y mira el fiero asalto.

XXXVII

El magnánimo héroe, con presteza
 Al combate valor y armas dispone,
 Descabalgá con grande ligereza,
 Que el otro á pié atacarlo se propone;
 Alto el escudo, el yelmo en la cabeza,
 La fortísima espada en guardia pone;
 Contra él se mueve el príncipe temible
 Con torvos ojos y con voz horrible.

XXXVIII

Largas vueltas va dando cautamente,
 Y bien cubierto falsos golpes tira;
 El otro, aunque cansado está y doliente,
 Resuelto sobre él va; si se retira
 Rambaldo, le persigue tenazmente,
 Le alcanza y hiere con doblada ira.
 Cual rayo, manejada con destreza,
 A los ojos la espada le endereza;

XXXIX

Más que á las otras, la acerada punta
 A las partes dirige más vitales;
 Va con sus golpes la amenaza junta,
 Y une con el terror tajos mortales.
 Segun que el otro aquí ó allí le apunta,
 Da saltos el gascon descomunales,
 Y con escudo ó con espada pára
 A que nunca Tancredo le tocara;

XL

Mas no tan presto en defenderse era
 Como el que velocísimo acomete:
 Roto el escudo tiene, y la pechera
 Sangrienta, y abollado el capacete,
 Y aun golpe suyo no hay que ofenda ó hiera
 Al contrario que bravo á él arremete;
 Teme, y su corazón á competencia
 Roen vergüenza, amor, ira y conciencia.

XLI

Al fin desesperado, de la guerra
 Tentar quiere la última fortuna;
 Da de mano al escudo, á dos aferra
 La espada que de sangre aun está ayuna;
 Con su enemigo estrechamente cierra,
 Tira un mandoble, placa no hay ninguna
 Tan fuerte y bien templada que le impida
 Darle en la pierna izquierda grande herida.

XLII

Da luego en la ancha frente un golpe rudo
 Que suena como esquila que voltea;
 No rompe el yelmo; pero tanto pudo,
 Que se encoge Tancredo y bambolea.
 De ira su rostro inflámase, y sañudo
 Fuego en sus ojos arde y centellea,
 Y tras de su visera lanza ardientes
 Miradas, y rechínanle los dientes.

XLIII

El pérfido gascon soporta apénas
 Aquel feroz aspecto é imponente;
 Oye chillar el hierro, y en sus venas
 Y en medio ya del corazon lo siente:
 Huye el golpe, y el golpe en las cadenas
 Da de un pilar en que se apoya el puente.
 Vuelan chispas y astillas hasta el cielo
 Y es del traidor el corazon un hielo.

XLIV

Así que corre al puente, y en la huida
 De salvar cifra toda su esperanza:
 Síguele aquel, la mano ya extendida
 A asir su espalda, y pié con pié le alcanza.
 Mas ayuda al que huye le es venida:
 Las teas desaparecen, ni semblanza
 Queda de estrellas, ni otra luz alguna
 La noche alumbra, pues faltó la luna.

XLV

Con las sombras y el negro encantamento
 En vano es que á seguirle ó verle pruebe;
 Nada distingue su mirar atento,
 E inseguro y dudoso los piés mueve;
 Un umbral, sin mirarlo, en paso lento
 Cruza, y percibe luego el ruido leve
 De puerta que tras él presta se cierra,
 Y que en profunda oscuridad le encierra.

XLVI

Como pez que en el agua sosegada
 Donde el mar de Comachio forma un seno,
 Huyendo de la onda alborotada,
 Abrigo busca plácido y sereno,
 Él mismo se aprisiona en la estacada
 Y sin salida está, de angustia lleno
 En lugar que con arte se ha arreglado,
 A entrar abierto, y á salir cerrado;

XLVII

Así Tancredo entónces; sea cualquiera
 El arte que disponga aquel arcano,
 Por sí mismo allí entró, donde no fuera
 Posible ya salir por medio humano.
 Aunque recio la puerta sacudiera,
 Por abrirla ó romperla pugna en vano,
 Y oye una voz gritar: "Preso de Armida,
 "Inútil es que intentes la salida:

XLVIII

"Aquí estarás (no hayas temor de muerte)
 "En vida, dias y años sepultado."
 No responde; mas siente el héroe fuerte
 El corazon opreso y angustiado;
 Consigo mismo acusa Amor, la suerte,
 Su necedad y aquel ardid malvado,
 Y entre sí tal vez dice silencioso:
 "Poco será perder el sol radioso;

XLIX

"Pero de sol más bello ¡ay! se me veda
 "La dulce vista, y no sé si algun día
 "Iré á lugar en donde el alma pueda
 "Recobrar con sus rayos la alegría."
 Recuerda luego á Argante y triste queda;
 "Falté—dice—al deber en demasia;
 "Su desprecio y sus burlas bien merezco:
 "¡Oh vergüenza! Yo mismo me aborrezco."

L

Así de amor y honor agudo diente
 Roe el ánimo ansioso del guerrero.
 Miéntas él gime, el musulman valiente
 No oprime el blando lecho placentero;
 Odia tanto la paz y tanta siente
 Sed de sangre y de gloria el moro fiero,
 Que aunque no está de sus heridas sano,
 Aun le parece el sexto día lejano.

LI

La noche que precede, en su desvelo
 Apenas á dormir la frente inclina
 Y se levanta cuando aun negro el cielo
 La luz no reflejaba matutina:
 Las armas pide luego con anhelo
 A el escudero que á servirle atina,
 No las usadas, otras que en presente
 Hubo del rey, labradas ricamente.

LII

Vistelas sin mirarlas, descuidado,
 Ni el grave peso agobia su persona,
 Y la espada que suele cuelga al lado
 Que el fino temple y la vejez abona.
 Cual con sangrienta cauda horrendo, airado,
 Brilla un cometa en abrasada zona,
 Que reinos muda y el ambiente infesta,
 A reales tiranos luz funesta;

LIII

Así en las armas arde, y retorcidos
 Sus ojos vuelve ébrios de sangre y de ira.
 Con gestos de crueldad y saña henchidos
 Y amenazas de muerte, horror inspira:
 Pechos no hay tan fuertes y atrevidos
 Que asustados no tiemblen cuando él mira;
 La espada saca, el duro puño oprime
 Y en la sombra y el aire vano esgrime.

LIV

“ Bien pronto—dice—aque! ladron cristiano
 “ Loco y audaz que á mí piensa igualarse,
 “ Vencido, exangüe, caerá en el llano
 “ Do en polvo vil su frente ha de arrastrarse.
 “ Vivo aún, sentirá por esta mano
 “ (¡Mengua á su Dios!) las armas despojarse,
 “ Y al morir no obtendrá, por más que ruegue,
 “ Que á los perros sus miembros yo no entregue.”

LV

No de otro modo el toro á quien irrita
 Celoso amor con aguijon punzante,
 Horriblemente muge y así excita
 Más su pasion y furia delirante;
 El cuerno al tronco aguza, y solicita
 Combatir con los vientos, arrogante;
 Escarba el suelo y bufa y olfatea
 Y al rival desafia á la pelea.

LVI

Movido del furor que mal contiene,
 Dice á su heraldo: “Al campo, apresurado
 “ Vé, y al campeon que á Cristo allí mantiene
 “ Di que al combate salga comenzado.”
 Luego á caballo monta, y al que tiene
 Preso, Oton, venir hace presentado;
 Pasa el muro y en rápida carrera
 Cual loco va donde lidiar espera:

LVII

Da en tanto aliento al cuerno que así suena
 El aire en torno de su horror llenando,
 Como cuando irritado el cielo truena
 Corazones y oídos lastimando.
 Ya en la tienda mayor, de jefes llena,
 Se estaban los cristianos congregando;
 Llega el heraldo y á Tancredo cita
 A la lid, ó á cualquiera que la admita.

LVIII

Gofredo en torno, lentos y severos
 Los ojos gira con dudosa mente,
 Y aunque más piensa y ve á los caballeros,
 No halla alguno á la empresa suficiente:
 Que falta allí la flor de sus guerreros,
 Y no hay noticia de Tancredo ausente.
 Bohemundo está léjos: anda en bando
 El héroe invicto que mató á Gernando.